

Falsa seguridad

Cuando la muchacha se despidió, a él se le dibujó una expresión de incredulidad y pánico en el rostro. La alegría y la ilusión que ella irradiaba contrastaba con el miedo y el terror que reflejaba el anciano. Que su nieta se fuera a vivir al lejano oriente, cuando él basaba toda su existencia en los cien metros cuadrados de alrededor de su casa, le parecía, cuanto menos, una broma pesada. No daba crédito.

- ¡Ten mucho cuidado! - le decía.

Y apelando a su sabiduría de persona mayor le iba aconsejando sobre todos los peligros que le acecharían, fuera de lo que él consideraba que era su entorno de seguridad.

- Bueno hija, quizás sea la última vez que nos veamos - el consejo se tornó reproche, intentando remover en su corazón algún sentimiento que la anclara a su lado.

Pero todo fue en vano. La nieta, de la mano de la felicidad que le proporcionaba poder llevar a cabo su proyecto, se sentía eufórica y segura de que todo saldría bien.

A pesar del tiempo pasado el abuelo seguía con el miedo en el cuerpo. Las quejas, los reproches, los seguía generando aún cuando la veía contenta y feliz allá donde estaba. Sus temores le estaban jugando una mala pasada y no le permitían disfrutar de la felicidad de su nieta.

Desde la falsa seguridad en la que vivía, le angustiaba la vulnerabilidad a la que, según él, ella estaba sometida. No sabía el abuelo, que justo desde allí, desde donde su nieta vivía ahora, llegaría a su vida un bicho invisible, que en ella ni se detuvo, pero que a él le desestabilizaría toda su segura existencia.

Belén Declara

11.04.20